



Rafael Jijena Sánchez

El padre avaro
Argentina

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Era éste un viejo que tenía tres hijas, las cuales sufrían mucho porque su padre era tan avaro que ni aún les daba lo necesario para vivir.

Viéndose un día el viejo próximo a la muerte, llamó a su lado a sus tres hijas diciéndoles que lo único que les pedía era que lo enterrasen con todo su dinero que tenía en monedas de oro y plata en una bolsa que estaba escondida en el hueco de la muralla y tan bien tapado, que nadie adivinaría el escondite; y les indicó dónde era, pues las niñas ignoraban por completo que el padre tuviera ese tesoro. Las hijas, como es natural, prometieron a su padre enterrarlo con el dinero.

Murió el avaro y las niñas, cumpliendo lo prometido, pusieron en el cajón la bolsa de dinero.

Pasaron muchos días y viéndose las niñas tan pobres, dispusieron de común acuerdo robarle la bolsa a su padre, puesto que a él ya no le hacía falta y en cambio a ellas las sacaría de la difícil situación en que estaban.

Convinieron en que la mayor de las hermanas iría a sacarla.

Al otro día por la tarde, así a la oración, fue aquella y trajo la bolsa, guardándola para disponer de algún dinero al día siguiente.

Pero esa noche, no bien terminaron de cenar, sintieron que llamaban a la puerta; miraron por el ojo de la llave y vieron que era el padre que venía del otro mundo. Muertas de miedo se amontonaron en un rincón y no abrieron la puerta. Al siguiente día, colocaron de nuevo la bolsa en el cajón del padre.

Pasaron pocos días; cansadas otra vez de no tener dinero, dispusieron nuevamente traer la bolsa y se encargaría de ello la segunda de las hermanas.

Así lo hizo ésta, pero otra vez la noche de ese mismo día llamó el padre a la puerta, y entonces llevaron nuevamente al día siguiente la bolsa al cajón del muerto.

Después de unos días de ocurrido esto, manifestó la hermana menor que ella iría por la bolsa, pero que no la devolvería más y que si venía su padre, le abriría la puerta y conversaría con él.

Cumplió lo prometido la menor de las niñas; fue al cementerio y trajo la bolsa, llamaron a la puerta.

La menor preguntó:

-¿Quién es?

-¡Tu padre!- le contestó una voz hueca, como si saliera debajo de la tierra.

Ella abrió la puerta y se apareció un esqueleto que causaba horror; entró sin hacer el menor ruido, como si caminara en el aire y se sentó en la silla, que la niña le ofreció, recogiéndose en el asiento como hacen los fantasmas. Las dos hijas mayores no se atrevían a hablar; la menor preguntó:

-¿Y las piernas padre?

-¡Las comió la tierra! – contestó el fantasma

-¿Y las manos y brazos, padre?

-¡Se las comió la tierra!

-¿Y las orejas, padre?

-¡Se las comió la tierra!

-¿Y el cabello, padre?

-¡Se las comió la tierra!

-¿Y la bolsa de plata, padre?

-¿No te la sacaste tú?- dijo con vos aunque hueca, fuerte, de enojo, al mismo tiempo que daba un salto de la silla y ... huyó.

Las niñas se desmayaron, pero quedaron con la bolsa que tenían bien escondida.

Así vivieron felices y comieron perdices.

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo